



PRESENTACIÓN DE LECH WALESA

Madrid, 24 de mayo de 2005

Este mes de mayo hemos celebrado la conmemoración del final de la Segunda Guerra Mundial. Hace sesenta años, un régimen de terror, culpable del asesinato de millones de seres humanos, era derrotado. Sin embargo, al tiempo que el nacionalsocialismo era arrojado al infierno de la historia, otro totalitarismo ocupaba su lugar en las naciones del centro y el este de Europa. Instaurado por la fuerza, el totalitarismo comunista instauró el terror policial hasta casi el nuevo siglo.

En sus entrañas, millones de seres humanos sufrían una cruel dictadura que creía que podía cambiar la naturaleza del ser humano. Buscaba crear un hombre nuevo. Sin embargo, esta pretensión fue tan criminal como inútil. No se puede sofocar el ansia de libertad de la naturaleza humana. En 1989, el mundo asistió por televisión al triunfo de la dignidad humana frente al culto a la Ideología. La Revolución de la libertad supuso el final de un régimen totalitario y criminal. Y abrió el futuro a las esperanzas de millones de seres humanos.

Pero la Revolución de la libertad se estuvo gestando tiempo atrás. Desde los Astilleros Lenin de Gdansk, el deseo de libertad cristalizó en 1980 con la creación de un sindicato obrero que se convirtió en un símbolo para el mundo: Solidaridad. En ese momento, en el occidente libre tuvimos conciencia de la labor realizada por un puñado de hombres a cuya cabeza destacaba una persona: Lech Walesa.

Con Solidaridad se reveló la mentira de un régimen carcelario que decía actuar en nombre de los trabajadores. El totalitarismo

soviético secuestró durante casi cincuenta años las ilusiones y los sueños de millones de personas en el mundo. Solidaridad demostró que no había que resignarse ante ello.

El totalitarismo, el de ayer y el de hoy, atenta contra la dignidad de la persona. Pretende robar su alma. Se dirige primero a las mentes, anula las voluntades, las suplanta. Pero la conciencia íntima, el deseo último de libertad, es inviolable. Por eso Solidaridad surgió desde la conciencia íntima de la existencia de algo más allá de la Ideología oficial. Fue una llamada a la dignidad de la persona frente a cualquier poder público. Y esta llamada sólo podía nacer del día a día de trabajadores como Lech Walesa.

A la sombra de los tanques soviéticos, Walesa denunció un régimen que muchos en el occidente libre disculpaban y defendían. Como Solzhenitzyn, Havel o Sajarov, Walesa fue la ventana abierta por la que pudimos comprobar qué era en realidad el paraíso socialista. Un régimen que en nombre del proletariado institucionalizó las ejecuciones, los asesinatos, las deportaciones en masa. Un mundo de represión enmascarado en bellas palabras. Una Ideología basada en el terror. Unas ideas que justificaban lo injustificable.

En los oscuros años setenta, ante un régimen policial, Walesa denunció la mentira y los fracasos económicos de una política hecha en nombre del proletariado. El régimen carcelario comunista creyó que podría silenciar a un hombre, pero lo que hizo fue reafirmar su defensa de los derechos humanos. Walesa no cedió ante el totalitarismo, porque el totalitarismo nunca cede ante la libre conciencia.

Por eso la primera lección que nos enseñó Solidaridad fue la necesidad de no dejarse intimidar por el miedo. Miedo a la represión, a la cárcel, a las divisiones del Ejército Rojo que ya habían aplastado cualquier resistencia en Budapest y Praga años atrás. Durante veinte años Walesa soportó despidos, vigilancia policial y detenciones. Durante los años difíciles, Walesa fue fiel reflejo de su patria.

Sólo una nación que ha sufrido los dos grandes totalitarismos de este siglo podía dar testimonio del valor de la libertad. País orgulloso y siempre fiel a sus principios y tradiciones, Polonia fue troceado y sometido bárbaramente por el nacionalsocialismo y el comunismo. Pero esta historia trágica estaba llegando a su fin.

Tras años de resistencia, Walesa y los obreros de Gdansk no estaban solos. En Roma, en octubre de 1978 la fumata blanca sería en realidad el humo de una luz que iba a cambiar el mundo. Un cardenal polaco se convertía en Sumo Pontífice. En su primera visita a su querida tierra, el primer mensaje de Karol Wojtyla no fue otro que el de ¡No tengáis miedo!. Ayer y hoy, superar el miedo al totalitarismo es comenzar a vencerlo. Es una tarea fundamental en la defensa de la libertad.

Solidaridad nos enseñó también que la libertad es un bien preciado. Veinticinco años después, la democracia está más extendida que nunca. Está asentada en más países que nunca. Millones de personas disfrutan de ella a lo largo y ancho del mundo. Pero la complacencia no es suficiente: sólo siendo conscientes de que la

libertad es frágil podemos defenderla ante los nuevos y viejos peligros acechan hoy a nuestras democracias.

Acostumbrados a unos regímenes políticos que nos proporcionan seguridad y libertad, progreso económico y bienestar social, podemos caer en la tentación de pensar que la democracia es gratis. No es así. El siglo pasado nos mostró que la libertad es un bienpreciado siempre en peligro, y que tiene su origen en el deseo y la búsqueda de cada persona, de cada ciudadano. Millones de personas en todo el mundo siguen hoy en la lucha que Walesa y Solidaridad libraron hace veinticinco años. Es nuestro deber moral ayudarles en tan difícil tarea.

Solidaridad nos enseñó que no hay posiciones intermedias entre la defensa de los derechos humanos y el fanatismo ideológico y político. La libertad y la dignidad del ser humano sólo pueden ser defendidas desde la legalidad y el Estado de Derecho. Todos debemos aprender esto de Lech Walesa y Solidaridad.

Veinticinco años después, nos damos cuenta de que la defensa de la sociedad abierta se basa en la superioridad moral de sus principios; la defensa del derecho a la vida y de la libertad es innegociable. Mientras el totalitarismo de ayer y de hoy hace de las personas instrumentos, la defensa de la libertad exige la defensa radical de la dignidad del ser humano. Millones de personas han muerto a lo largo de la historia por defender los principios democráticos frente a la tiranía. No podemos olvidar su lección y su memoria.

Es un honor tener hoy con nosotros a Lech Walesa, a quien doy la palabra y a quien agradezco mucho que haya aceptado la invitación de la Fundación FAES para estar aquí.